

CECILIA VALDÉS URRUTIA

GRANDES PINTORES En sus cruces de vidas y obras

ARTE Y SOLEDAD

en tiempos de confinamiento

Se dice que Edward Hopper fue el primer artista moderno en pintar a la mujer solitaria. La dibujó desnuda o semidesnuda en interiores soleados o en rincones sombríos. Pintó a parejas solas. Hizo paisajes poéticos y silentes. Hoy varios autores afirman que las seductoras obras del gran pintor estadounidense se han vuelto más actuales que nunca en tiempos de pandemia.

Pero en el caso de Hopper no se trata de una soledad derivada del confinamiento de un condenado o impuesta por una pandemia o una enfermedad; se trata de una soledad existencial, que un encierro forzoso puede profundizar. Es la situación de otros grandes pintores que retratan la soledad como condición humana, en sus diversas y extremas facetas. Algunos, impulsados también por una autorreclusión y por sus propias historias. Hay casos como el del influyente artista alemán Anselm Kiefer, del crudo realista Lucien Freud, del premiado español Antonio López García, de David Hockney o Francis Bacon. Y entre los chilenos sobresalen las soledades y confinamientos de Ricardo Yrarrázabal y Adolfo Couve.

El genio de la soledad

Hopper (1882-1967) tenía una personalidad retraída, era de pocas palabras y ajeno a cualquier experiencia mediática. En sus entrevistas, sus respuestas eran cortas y precisas. Su carácter profundo y reflexivo se relaciona profundamente con la atmósfera de su pintura. Se aprecia en obras como "Nighthawks", esa pareja en un solitario café nocturno neoyorquino; en la mujer junto a una ventana al amanecer, o en los paisajes desolados de Cape Cod.

Como dijo hace pocos días la escritora y crítica británica Olivia Laing, autora de "La ciudad solitaria", "Hopper fue realmente el genio de la soledad. Usaba sus pinturas para mostrar cómo se siente uno al estar mirando de fuera hacia adentro, buscando compañía o amor. Convertió la soledad y el encierro en un gran arte. Pareció adelantarse a la distancia social y al aislamiento de hoy". Y lo hizo "con esa callada belleza y su mirada al alma humana", señala el escritor Mark Strand.

Hopper seduce con su dibujo y el protagonismo plástico que da a la luz en sus hermosas escenas solitarias. "Sus cuadros transportan al espectador a un espacio virtual en el que la influencia de los sentimientos y la disposición de entregarse a ellos predominan", agrega Strand.

Padado nazi

El alemán Anselm Kiefer nació el mismo año en que terminó la Segunda Guerra Mundial, en 1945. Y empezó a desarrollar su arte buscando saldar ese doloroso sentimiento de culpa por el pasado nazi de su país. Ello y una singular soledad existencial marcan su trabajo, que toma de la literatura, la historia, la filosofía alemana, la ópera de Wagner y la mitología. El proceso de la obra requiere muchas veces de años. Y junto a la pintura añade cerámica, pone alambre púas, paja, flores muertas e incluso deja, a veces, que sean intervenidas por la na-

"Nunca imaginé que quedaríamos convertidos en un cuadro de Hopper. Sus pinturas cobran vida en medio de la pandemia", afirma la autora británica Olivia Laing. Y como el estadounidense, varios otros pintores actuales capturan la soledad de la condición humana y algunos hasta viven autoconfinados.



Lucien Freud. Vivía solo e inserto en la misma estética de sus cuadros.

turalidad. Ha enterrado, literalmente bajo tierra, por años, trabajos que después renacen.

"Para asumir su propia historia y las de sus antepasados, ha debido enfrentarse a su propio silencio", subraya la comisaria Kaitleen Soriano. Es autor de series pictóricas como "20 años de soledad" que le tomó ese tiempo. Entre sus pinturas sobresalen las que recrean la soledad del hombre y el sufrimiento de la historia reciente, como "Paisaje invernal"; los sobrecegos y deambulantes edificios públicos de Alemania; vias de tren y otras citas a los campos de concentración. Es esencial su conexión con el poeta Paul Celan. "Ese sentimiento de melancolía de sus poemas me impulsaron a pintar, por ejemplo, "Margaritas", cuenta. Ha dado vida a trabajos neoespressionistas como la "Soledad y las estrellas". Incorpora elementos nuevos como la sal del mar. "La puse sobre planchas de metal, donde se fue creando una obra corrosiva y abstracta, en medio de viejas bodegas de Venecia abandonadas". Kiefer confiesa que hoy le interesan más "la alquimia y la filosofía, porque son nuestra vida".



"Mujer junto al sofá", 1961. Edward Hopper. La gran pintura del estadounidense expone una mirada penetrante y agrida de la soledad como condición humana. Transporta a un espacio que hace reflexionar y reme-



Antonio López tardó años en pintar la Gran Vía. Vacía como está hoy. La austeridad marca su obra realista, en la que prima una profunda soledad.

Desgarrador y brillante

Pero antes de que Kiefer fuera famoso en el mundo del arte, el luminoso nieto del padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, el pintor Lucien Freud (1922-2011), dijo en una de sus escasas entrevistas: "Busco asombrar, perturbar, seducir y convencer".

El hecho es que su realismo incomoda, pero también deslumina. "Lucien desde un principio buscó interpretar la soledad única del hombre. Se dirigió a capturar las vidas de sus retratados", subrayan en la publicación Letras Libres. El haber nacido en Berlín, antes de la Segunda Guerra Mundial y que debiera huir con su familia, lo marca. Su pintura retrata su vida singular, a su modo, solitaria. Recrea a su entorno cercano y a modelos, a al-

gunos famosos, pero en su casa taller.

"Reinaba ahí una soledad", dijo el gran pintor británico David Hockney, quien fue uno de sus retratados. "Para experimentar como pintaba el maestro. Me llamó la atención que son pocos sus retratados que esbozan una sonrisa", añade. Aunque también las pinturas de Hockney, "los bosques o sus soleados colores en las piscinas están invadidos de soledad", precisa The Guardian.

De personalidad terca y obsesiva, Freud "vivía solo y rodeado de la misma estética que aparece en sus pinturas—consigna la crítica Catherine Lampert—. Transpiraba en medio de telas estupidas, sofás con cuero gastado, obras de arte y un jardín descuidado con residuos de pinturas. Compartía su vida con otros en

compartimentos separados".

En algunos retratos Freud reflexiona; otras veces pinta desnudos. Son desnudos de una profunda soledad existencial. Pero esas pinceladas recuerdan a Rembrandt, a Tiziano y a Francis Bacon, su gran amigo. "La pintura del británico también está marcada por la soledad", subraya Walter Oppenheimer.

La ciudad vacía

Uno de los cuadros más famosos del premio Velázquez y Príncipe de Asturias, el realista español Antonio López García, es sobre la Gran Vía de Madrid, en total soledad, como hoy.

"Reconocido como uno de los pintores que mejor captan la realidad—destaca Miguel Fernández Cid—, es autor de magistrales vistas urbanas detenidas en el tiempo, interiores y retratos de niños, hombres y mujeres. Todo marcado por la soledad de la condición humana y la austeridad.

El mismo López García, al recibir el premio "Mercurio", en una de sus escasas entrevistas, lo hizo en su modesta casa y taller. El pequeño living solo comprendía un sencillo sofá y una silla. Y su taller con luz natural lindaba con la pieza que compartía con su mujer, la gran pintora María Moreno, quien murió en febrero. Tímido y modesto, alejado de lo social, contó sobre sus búsquedas para "transmitir sentimientos y capturar el lugar".

De ahí que sus pinturas le demandan años y hasta décadas. Pinta en terreno. "Para la vista de la Gran Vía me trasladé en la madrugada durante años, sin nadie, a la misma hora, para capturar esa luz y esa sensación de soledad". Pinta también a solitarias parejas haciendo el amor. Se trasladó a hospitales y dibujó a cercanos en habitaciones clínicas, incluso, pinta a algunos pacientes

conectados a viejos respiradores, como se ve hoy. En su obra hay hermosos ancianos, está su mujer, y sus hijos cuando eran niños. A uno de ellos, a la edad de 4 años, lo recreó en volumen y a tamaño natural "que parecía caminar", destacó el ABC de Madrid.

Soledad en dos chilenos

Adolfo Couve (1940-1998) pasó sus últimos años recluido en su vieja casona en el balneario de Cartagena. Solo recibía a contadas personas, aunque no dejaba de viajar semanalmente, en micro, a Santiago para dictar sus míticas clases en la Universidad de Chile. En ese antiguo balneario escribió su último libro y gran novela sobre la pintura, "La comedia del arte", y pintó una serie sobre Cartagena.

Solitario, en extremo neurótico y brillante, ese confinamiento había acentuado su soledad física y existencial. Durante uno de sus encuentros con "El Mercurio", nos contó sobre el significado de vivir en solitario allí: "Cartagena es un lugar marginal, aquí la naturaleza y las personas se muestran en forma intensa. Y para mí, el arte de la pintura es entrar un momento fugaz. Cero en el riesgo. En Cartagena el desafío es sin distracción".

Sus pinturas solitarias, como era él, toman elementos de la historia del arte y abordan paisajes, naturaleza muerta y determinadas personas solas. "En mi obra surge el mar, en otras ocasiones todo sucede al interior de una casa. Pero siempre intento traducir en lenguaje plástico lo que tengo frente sin que jamás el tema lo atropelle. Por eso no adhiere al tema del balneario sino que solo pinto en Cartagena".

El pintor y escultor Ricardo Yrarrázabal (1931) es también un artista que crea y vive en soledad. En los 60, Waldo Wilma escribió sobre la pintura joven de esos años, dando cuenta de la "genialidad y aislamiento de Yrarrázabal. Este muchacho mira detenidamente todas las cosas mientras naufraga en un silencio impresionante. Es una excepción entre los pintores jóvenes".

En su antiguo taller de madera ubicado en la buhardilla de su casa, sigue creando en solitario. Siempre alejado del mundo social, en una suerte de autenticidad, que ahora sí es obligado.

En medio de la pandemia está abocado a su pintura digital, que empezó tempranamente, en los años 90, con la misma iconografía de su pintura sobre tela. Sigue centrado en el hombre, en su presencia o ausencia, entre la figura y la abstracción. "Me interesa el ser humano en su psiquis, con su vida interior", dice. Sobre todo ahora, cuando muchos se ven enfrentados a situaciones delicadas. Su arte sigue aportando con esa sensibilidad tan fina, confinado frente al computador.

ERNESTO AYALA

Recomendaciones para el encierro:

Dos de Buster Keaton



"The General". Hay cierto acuerdo en que es una de las cumbres de Keaton.

tral, Keaton es cinematográfico; donde Chaplin recurre al patético y la manipulación, Keaton es seco y directo; donde Chaplin despliega episodios que no siempre conectan bien entre sí, Keaton es rápido y fluido, con extrema atención en la lógica que lleva de

una cosa a otra. Chaplin suele tratar a su protagonista como víctima de las circunstancias, triston, golpeado, pero de sonrisa fácil cuando quiere caer bien. Keaton es esencialmente un estoico. Su personaje nunca se queja ni genera lástima. Nunca sonríe, tam-

por los desafíos que suele enfrentar su capacidad, pero a punta de tenacidad, de temple interior por así decirlo, llega a puerto. Todas sus películas tienen momentos sorprendentes, soluciones llenas de belleza y gracia y, por supuesto, exquisitas acrobacias protagonizadas por el mismo Keaton, que revelan un secreto amor por las matemáticas y las simetrías, que también se encarna en su limpieza y precisa puesta en escena.

Van dos recomendaciones, aunque cualquiera puede ser una buena película para empezar con Keaton: nunca falla. "Siete novias" ("Seven chancés", 1925) cuenta la historia de James Shannon (Keaton), un emprendedor arruinado que, repentinamente, se entera de que puede heredar una fortuna siempre y cuando esté casado antes de las siete de la tarde. No conviene

contar mucho, pero entonces todo le sale mal. En su primera mitad comparada con otras de Keaton, la cinta se siente quizá algo tranquila, pero luego comienza a adormir cada vez más débil, hasta llegar a la persecución final, en que cientos de novias, de todas las edades y tamaños persiguen a un asustado Keaton, en una carrera que debe estar entre lo mejor que ha ofrecido el cine. El final es, por lo demás, el gran antecedente de todas aquellas comedias románticas en que el protagonista termina corriendo al final de la historia (a la "Cuando Harry conoció a Sally", 1989). Ojo con una copia, de gran calidad.

que parece estar coloreada, pero es un efecto de solo el principio. Sobre "El maquinista de La General" ("The General") hay cierto acuerdo en que se trata de una de las cumbres de Keaton. Relata la historia de Johnnie

grito del norte. Jene parte a su rescate y el viaje es una excusa para que Keaton filme lo que mejor sabe hacer: el movimiento, líneas que se cruzan, planos secuencias inverosímiles, un protagonista incombustible. No es solo la gracia con que se mueve el mismo Keaton, sino el cálculo puesto en cada una de las secuencias, que, encima de todo, parecen montadas sin gran esfuerzo.

Menos divertente que "Siete novias", "El maquinista" es una cinta de aventuras, rápida, plástica, que sino fuera por lo cómica y encantadora que resulta, parece salida de la mente de un ingeniero amante de las máquinas.

Crítica de cine

SIETE NOVIAS
Con Buster Keaton, Ruth Dwyer y T. Roy Barnes
Estados Unidos, 1925
56 minutos

EL MAQUINISTA DE LA GENERAL
Con Buster Keaton, Marion Mack y Glen Cavender
Estados Unidos, 1926
75 minutos